









# Julio Cortázar y Cris





**Cristina Peri Rossi**  
Julio Cortázar y Cris



menos**cuarto**

© Cristina Peri Rossi, 2014  
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones

1.<sup>a</sup> edición en esta colección: mayo de 2024

ISBN: 978-84-19964-06-9  
Dep. Legal: P-90/2024

Diseño de colección: Echeve  
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)  
Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.  
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F  
34005 PALENCIA (España)  
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

**JULIO CORTÁZAR,  
EL GRAN CRONOPIO**



## I. QUEREMOS TANTO A JULIO

NO FUI AL ENTIERRO DE JULIO CORTÁZAR. No estoy en la foto. En las numerosas fotos que se hicieron después de su muerte, una lluviosa mañana de febrero de 1984. (Cuántas veces, Julio, habíamos recordado juntos aquellos versos de César Vallejo: «Me moriré en París con aguacero, un día del cual tengo ya el recuerdo».) No quise compartir la dudosa complicidad de los precariamente vivos, de los supervivientes. Aborrezco la muerte y los ritos funerarios. Había otra razón profunda: me negaba a aceptar que Julio fuera mortal, y prefería recordarlo vivo, eternamente joven (bromeábamos, a veces, sobre su aspecto juvenil, como Dorian Gray. «Solo que yo no me voy a despertar un día convertido en un anciano decrepito y asqueroso», decías, sonriente y convencido), sano, viajero, a veces un poco melancólico («la literatura es cosa de melancólicos»: hice esa anotación en una servilleta en la cafetería La Puñalada, de Barcelona. Respondió, debajo, y me devolvió la servilleta: «¿Quién no

es un poco melancólico a las seis de la tarde de otoño, en una calle de París o de Barcelona, de Buenos Aires o de Montevideo?») y siempre lúdico. El exilio me había acostumbrado, además, a aceptar la muerte de los seres queridos en la lejanía, a través de una breve llamada telefónica o una esquela funeraria que saltaba de una carta aparentemente trivial. De algo estaba completamente segura, desde hacía unos meses: no quería ver a Julio muerto, en un ataúd. No quería que ese inoportuno recuerdo interrumpiera nuestro diálogo interior, nuestra manera de conversar a veces a la distancia. «El amor es un asunto de palabras», había escrito yo, durante mi segundo exilio, el parisiense, en 1974, frase que hubiera complacido a Lacan, seguramente, si Lacan leyera a jóvenes escritoras latinoamericanas; yo, entonces, tampoco lo leía a él, aunque después lo haya citado. Se cita parcialmente. Aún nuestros enemigos son capaces de decir algunas verdades. Se atribuye al Generalísimo Francisco Franco la frase: «Quien no recuerda la historia está condenado a repetirla». Posiblemente murió sin saber que estaba citando a su odiado Carlos Marx. Solemos tener algunas coincidencias con nuestros enemigos. Julio Cortázar, conversando: «A veces las víctimas eligen oscuramente a sus verdugos». No te hubiera sorprendido nada, Julio, leer en los diarios la noticia de la mujer que solicitó, en los servicios eróticos de Internet, en Estados Unidos, a un hombre que la matara ha-

ciendo el amor y lo consiguió. Entonces, posiblemente, hubiéramos recordado otra vez a Marguerite Duras y su novela, *Moderato cantabile*, llevada al cine por un director que nos gustaba mucho a los dos, aunque un poco menos a los críticos cinematográficos: Peter Brook. La recordábamos porque el admirable guión era de Marguerite, los intérpretes nada menos que Jean-Paul Belmondo y Jeanne Moreau, además de la música, tan importante, en toda la película, de uno de nuestros compositores favoritos: Erik Satie, las *Gimnopedias*. Y si hubieras llegado a leer en los diarios —esa afición que ya tenías en el grado de adicción— la noticia de la norteamericana que pidió por los servicios eróticos de Internet a un hombre que la torturara, en el amor, hasta la muerte, me habrías mirado con complicidad y me habrías dicho: «Esa historia escribirla vos», porque las historias tienen dueño, tienen destinatarios, las historias y la realidad se mezclan, vos decías: «Nadie puede saber dónde acaba la realidad y empieza la fantasía», límite, frontera que te gustaba tanto cruzar en tus relatos, «pero en la vida hay que tener cuidado —decías—, porque si no, se puede acabar como el Tito Monterroso». «¿Cómo acabó el Tito Monterroso?», podía preguntarle un lector, un admirador ingenuo. Entonces, con mucha seriedad, Julio le contestaba: «El Tito terminó escribiendo: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”, cuento que nadie entiende. Y el primero que no lo entiende soy yo». Y el lector o el

admirador ingenuo se quedaba sin saber si Julio le estaba tomando el pelo al Tito, a él o al dinosaurio. Sin contar con que los dinosaurios eran los animales favoritos de Cortázar —¿tengo que decir que también los míos? Coincidencia que nos valió sonoras carcajadas y numerosos envíos, desde distintas partes del mundo, de libros, maquetas, inflables e información sobre dinosaurios—, mucho antes de que Spielberg los descubriera.

No fui al entierro de Julio. No estoy en la foto. Yo sabía —esa fría y lluviosa mañana de febrero, cuando Aurora Bernárdez me llamó a Barcelona, para confirmarme que Julio había muerto— que él y yo seguiríamos conversando de alguna manera, comunicándonos a través de símbolos o señales a interpretar. (Cuántas veces habíamos citado, juntos, el famoso verso de Baudelaire: «*La nature est un temple divin*»; en la selva de símbolos y de signos, el hombre, solo, va descifrando.) Había seguido muy de cerca su enfermedad. (Eso que los malos periodistas llaman «la evolución de la enfermedad».) Julio no tenía cáncer. Aun las personas más cercanas o quienes estuvieron junto a él creen que tuvo cáncer. No existió nunca ese diagnóstico, sino todo lo contrario. (Lamento, Mario Muchnik, contradecirte. En el hermoso capítulo que le dedicas en tu libro *Lo peor no son los autores*<sup>1</sup>, reco-

---

<sup>1</sup> Taller de Mario Muchnik, Madrid, 1999.